



EL HERMANO DEL VUELO TEMBLOROSO

Francisco de Paula PEÑUELAS GONZÁLEZ



*¿Dónde está tu nido, ave de Dios?
¿Qué haces en los días de tempestad?*

San Francisco de Asís.



L *Castilla* (L-52) se estaba convirtiendo en parte del paisaje de aquella isla, así lo creíamos desde el buque y así lo debían de ver también los haitianos a los que la Agrupación Hispaniola les dedicaba sus mejores esfuerzos. La población de Petit Goâve al levantarse cada mañana podía observar nuestro buque navegando a velocidad reducida frente a su costa.

El puerto de Puerto Príncipe, a unas 40 millas a levante, estaba impracticable tras el terremoto del 12 de enero de 2010, los muelles hundidos, las infraestruc-

turas destruidas, no había donde atracar. En Petit Goâve existía un pequeño pantalán medio derruido sin sonda suficiente para un buque del porte del *Castilla*, y el único fondeadero en las proximidades de la ciudad estuvo permanentemente ocupado por dos pequeños cargueros durante los meses que duró la operación de ayuda humanitaria a aquel país tras el gran seísmo. En todo caso, aquella pequeña ensenada no era adecuada para las dimensiones de nuestro buque y podía ser una ratonera en caso de viento desfavorable. Se estaba mejor y más seguro navegando que fondeado, aunque el esfuerzo de la dotación era, de esta forma, también mucho mayor.

Como buen buque anfibio, el nuestro no necesitaba de un puerto donde atracar para poder poner en tierra todo el material, vehículos y personal desplazados desde España para prestar apoyo a aquella ciudad, así que estuvo días, semanas y meses navegando frente a la ciudad durante aquella operación de ayuda lanzada desde la mar.

Sirvan estos párrafos para ponerse en situación, aunque lo que pretendo en estas líneas no es escribir sobre la ayuda humanitaria prestada por España a Haití a través de la Agrupación Hispaniola, ya que hace tiempo que lo conté, así como los resultados, sabores y sinsabores, los logros y la pérdida de compañeros en un accidente. La pretensión ahora es mucho menor, es contar algunos detalles curiosos del comportamiento de la fauna que encontramos en aquel país y que nos llamó poderosamente la atención.

Pajarillos a la mar



Los aficionados a la naturaleza, que en un barco con tanta gente siempre existen, comentaban la poca existencia de pájaros marinos en aquellos parajes, no se veían gaviotas y apenas algún alcatraz nos sobrevolaba. El tiempo era normalmente bueno, y estando en el Caribe uno esperaba encontrar abundante variedad de fauna, pero no era el caso; una única especie voladora rondaba alrededor del buque. De todas formas, había tantas cosas que hacer y en las que pensar con la tremenda situación que teníamos en tierra,

que la observación de la fauna no era prioritaria para ninguno de nosotros.

El gran temblor de tierra sufrido en Haití el 12 de enero no había sido el único. La falla de Enriquillo que recorre el subsuelo del país había liberado gran parte de la presión con el movimiento principal, pero a este le siguieron muchos otros de menor intensidad. Durante el día, con la actividad a bordo, no se notaban estos temblores, aunque de noche nos llevamos algún susto. El agua es muy buena conductora del sonido y en el silencio de la noche la onda sonora contra el casco del buque nos sobresaltó más de una vez. Parecía enteramente



Golondrina en imbornal.

una colisión contra una roca u otro barco, aunque bien pensado yo no he colisionado nunca, por lo que intuyo que debe de ser como lo que sentíamos aquellas noches. La inseguridad en tierra era grande y era percibida por la población y por los animales, que siempre se ha dicho que tienen una sensibilidad especial para detectar los movimientos de tierra; tal vez perciben los pequeños temblores que suelen preceder y suceder al de mayor intensidad. El caso es que en aquella isla de paisajes idílicos junto a la mayor pobreza y miseria humana, tanto las personas como los animales tenían que ganarse la supervivencia día a día. Debía de ser aquella la razón por la que los pájaros empezaron a anidar en el buque. Este se movía, pero en la bahía de Gonave el tiempo solía ser bueno y los balances mínimos. Los pájaros preferían instalarse a bordo antes que en tierra y poco a poco aquello se convirtió en una invasión silenciosa.

Las antenas del buque, como ramas metálicas, comenzaron a llenarse de pájaros descansando, y los imbornales, a falta de agua de lluvia que los recorriesen, eran utilizados como refugios naturales donde construir los nidos. Al principio no nos dimos cuenta y era hasta curioso: hay muchos pájaros que no son marinos que suelen aprovechar los barcos para descansar. Los hay en todos los océanos y se les suele respetar su descanso y proporcionar agua para que una vez recuperados puedan proseguir su viaje. Ellos ven a los buques como su oportunidad de supervivencia en la mar, un sitio donde parar.

Pero eso es una cosa y otra que prefiriesen anidar a bordo estando cerca de tierra, y con sus nidos de barro pudiesen obstruir los conductos de evacuación de agua de las distintas cubiertas del buque. Viendo que podía derivar en un problema y que no había necesidad de auxiliarlos al tener la tierra tan cerca, el siguiente paso fue tratar de desalojar a aquellos *ocupas* que descaradamente construían sus nidos a bordo. No había forma delicada de hacerlo. Había en el buque imbornales que no eran accesibles fácilmente para la dotación y eran precisamente los que estaban siendo utilizados por aquellos alados.

La verdad es que daba pena, nos poníamos en situación, y en aquel país con más de un millón y medio de personas desplazadas sin hogar, veíamos que ni los pájaros se sentían seguros en tierra y preferían venirse a bordo, como muchos haitianos a los que atendíamos. Pero no era posible, no nos podíamos permitir una avería por aquella causa, y antes de que la población avícola aumentase a bordo, metimos agua a presión de contraincendios por los imbornales, unos 10 kg/cm², y en unos minutos los conductos volvían a estar tan limpios como cuando salieron del astillero de Navantia en Ferrol. Hubo que repetir la operación de limpieza varias veces durante la permanencia en aguas haitianas dada la insistencia de aquellos pájaros a los que no les debía de extrañar tantas riadas, no muy diferentes de las que sufrían también en tierra y destrozaban sus hogares. En fin, debían de pensar, ¡como en casa!

Me pregunté durante mucho tiempo qué especie de pájaro sería aquel al que echamos sin contemplaciones de a bordo. Parecían golondrinas, pero uno no es experto y no tuve más que preguntar a mi querido amigo el coronel de Intendencia retirado Josele Curt, maestro de ornitólogos, enviándole unas fotografías, para que a vuelta de correo me contestase con profusión de detalles que reproduzco:

«Pues claro que es una golondrina. En concreto, un hirudínido de nombre científico *Kalochelidon euchrysea*, y de nombres vulgares pájaro de las lluvias y Jolle-jolle. En el libro *Birds of the West Indies*, del que es autor James Bond (no es broma), de Editorial Collins, se sitúa a dicha golondrina en la isla La Española (Haití y República Dominicana), y explica que nidifica en las cavidades de los árboles o bajo los aleros de las casas, lo que me lleva a preguntarme y a contestarme: ¿qué mejor habitáculo para una golondrina troglodita y para un nidificante bajo los aleros de las casas que el imbornal de un barco? ¿Qué placer sería mayor para el “pájaro de las Lluvias” que la marinería del barco regase sus días con manguera? Claro es que las aves, inocontentas ellas, no se podían esperar que los manguerazos no eran en señal de fraternidad, sino para echarlos a la calle por la vía rápida.

¡Que San Francisco de Asís interceda por el perdón de la autoridad que ordenó el desahucio del “hermano del vuelo tembloroso”!»

Aclarada la identidad del sufrido polizón, no me queda más que unirme a la intercesión ante San Francisco de Asís que hace nuestro maestro Josele para que los males del infierno no caigan en su día sobre este comandante.

Cangrejo sorprendente

No era aquella especie animal la única que quería venir a bordo, y otra anécdota es significativa. Este que relata se daba una ronda por la popa del buque y, hablando con los que en su tiempo libre trataban de aprovecharlo pescando al curricán en lugar de descansar, les hacía notar que la velocidad del barco era muy baja y así no había forma de que los peces entrasen al señuelo. La orden al oficial de guardia era navegar a la mínima velocidad de gobierno, lo que dependía en gran medida del viento reinante, que al ser normalmente escaso hacía que la velocidad del buque fuera también reducida, de uno o dos nudos. Así gastábamos menos combustible y los motores tenían que hacer menos esfuerzo —pensaba yo—; todo son ventajas. Pero aquellas golondrinas anidando a bordo ya me habían hecho pensar que tal vez la baja velocidad no era buena del todo y que algún inconveniente había que sortear. Aquella ronda por la popa, me reafirmó en mis sospechas. Existen también otros inconvenientes de navegar a baja velocidad.

¿Se le ha ocurrido a alguien pensar que los cangrejos tengan algún tipo de inteligencia? ¿Por qué no?, me dirán algunos; pero la mayoría convendrá conmigo que no espera que un cangrejo demuestre algo más que un instinto primario y adaptación al medio. Lo que vimos desde la popa del *Castilla* al menos plantea alguna duda. Allí observamos en la superficie de aquellas aguas tan transparentes y azules que un cangrejo nadador trataba de aproximarse al buque por el costado. Siempre me ha llamado la atención que un cangrejo pueda sobrevivir en mar abierto, sin esconderse, nadando libremente como lo estaba haciendo aquel ejemplar. Debe de ser un bocado exquisito en mitad de la mar, con muchos más enemigos que amigos entre los habitantes marinos. Los que allí estábamos nos preguntábamos si lograría aquel crustáceo alcanzar el barco o no, aunque este se moviese a poca velocidad. No pensábamos que tuviese ninguna posibilidad y no podíamos imaginar tampoco lo que observamos a continuación. Una vez que el buque sobrepasó al esforzado nadador dejándolo por la popa, este siguió nadando incansable hasta adentrarse en uno de los numerosos remolinos de la estela. Con un par de cambios de remolino se metió en la succión de la popa que lo atrajo hasta verse cerca del casco. Con un último esfuerzo natatorio, ayudado por la corriente espiral, llegó al casco del buque, donde encontró donde agarrarse y guarecerse, perdiéndose de nuestra vista. ¡Sorprendente, no dábamos crédito a lo que habíamos visto!: cangrejo nadador que aprovecha los remolinos de agua para acercarse al buque.

Conclusión

Viendo lo sucedido con el cangrejo, la conclusión era la misma que con las golondrinas, que no se podía ir tan despacio, que en cuanto tienen una peque-



Vuelo de aprovisionamiento a Barahona.

ña oportunidad se nos suben a bordo. Si habíamos observado a aquel pequeño ejemplar embarcar sin billete, otros muchos podrían también haber hecho lo mismo. Recordaba entonces al *Galicia* (L-51) atracado en el puerto de Umm Qsar, Irak, tras haber remontado el río Khawr Abd Allah en el año 2003, cuando había que limpiar regularmente los filtros de los diésel auxiliares de gambas y cangrejos que entraban por las aspiraciones de agua de mar de refrigeración. Ahora, en un escenario

muy alejado de aquel, relacionaba las dos situaciones, aunque esta vez, con el buque navegando permanentemente, el problema de filtros era mucho menor. Pero no era broma, la baja velocidad también tenía sus inconvenientes. A pesar de la intensa actividad diaria a bordo en los cuatro meses que duró la operación, exactamente 120 días, de los cuales 116 fueron de mar y cuatro de puerto, hubo, como se ha visto, tiempo para la observación de la naturaleza, de la que entre muchos, he narrado estos dos ejemplos. Pero la más llamativa de todas fue la de aquellos novatos que embarcaron en el mes de enero de 2010 para su primera navegación, nada menos que la travesía del Atlántico, andaban perdidos por las distintas cubiertas y no eran capaces de avistar las ballenas que se anunciaban por los altavoces del buque. Al regreso a España en el mes de mayo eran los que más comentaban al aproximarnos a las Azores sobre las carabelas portuguesas (*Physalia physalis*) que íbamos dejando atrás; subían al puente al atardecer a tratar de observar el rayo verde o simplemente a disfrutar el paisaje, y terminaron utilizando el lenguaje marinero como si hubiesen estado embarcados toda la vida. Aquello sí que fue una gran transformación y una observación deliciosa. Con el único que no pude fue con el coronel médico jefe de la Unidad de Sanidad, el bueno de Santiago Huecas, que a nuestras embarcaciones seguía llamándolas barcas, pareciendo que no había salido del estanco del Retiro. Al resto no había quien lo parase. Además de sus respectivas especialidades, se habían vuelto marinos y naturalistas; la mar los había enganchado.